

## LA FILOSOFÍA EN LA CONQUISTA AMERICANA

ROQUE ALBERTO TULA ABREGÚ Y LUIS MARCELO VÁSQUEZ

### RESUMEN

El presente artículo se constituye en una invitación para que los latinoamericanos hagamos una mirada retrospectiva, una vuelta a nuestra historia, para intentar así desentrañar los motivos por los cuales, luego de cinco centurias, llegamos al presente con una filosofía sin una identidad definida. Aquí se sostiene que la dicha situación de la filosofía actual en América Latina, responde a una mutilación efectuada por los invasores españoles a causa del asombro que en ellos suscitaron las extrañas formas de vivir de estos pueblos; mutilación que ha hecho que la conquista continúe siendo vivida, aún hoy, como un proceso negativo de nuestra realidad, que se constituye en la esencia de la historia no oficial descrita desde el punto de vista de los pueblos conquistados.

---

\*Universidad de Catamarca, Argentina.

## **PHILOSOPHY IN AMERICAN CONQUEST**

ROQUE ALBERTO TULA ABREGÚ Y LUIS MARCELO VÁSQUEZ

### **ABSTRACT**

This paper aims to be an invitation to the Latin Americans to make a retrospective glance, a return to our history, to try to unravel the reasons why, after five centuries, we arrive to the present day with a philosophy lacking a defined identity. Here it is maintained that the situation of today's philosophy in Latin America, responds to a mutilation conducted by the Spanish invaders caused by the astonishment provoked by the strange forms of life of these peoples. Mutilation that has caused that the is still experienced, even today, like a negative process of our reality, which constitutes it self as the essence of nonofficial history described from the point of view of the conquered towns

---

\*Universidad de Catamarca, Argentina.

EN LA BÚSQUEDA DE una filosofía propiamente americana, correspondiente al periodo comprendido por las últimas cinco centurias, vemos que ésta ha sido mutilada por los invasores, y es por ello que llegamos al presente con una filosofía de identidad indefinida; para recuperar lo perdido, tendríamos que hacer una mirada retrospectiva, y ver cara a cara, a aquellos primitivos pobladores, cultores de una forma de vida característica y correspondiente a sus propios principios.

Cuando decimos que hemos sido mutilados, es por causa del asombro que provocó en los europeos del siglo XVI, las extrañas formas de vivir de estos pueblos. Fue recíproco el interés mostrado por los nativos ante la llegada de quienes venían de un mundo igualmente desconocido. No se puede desconocer que ambas culturas experimentaron diversas sensaciones ante lo nuevo. En este marco podemos plantearnos una ambigüedad que resulta de conocer cómo los europeos, por error, llamaron indios a los nativos. Del mismo modo, podemos plantearnos el problema inverso, que nos lleva a ahondar en el pensamiento de los nativos, tan lejano y tan cercano a nosotros, según el cual los visitantes eran o bien dioses, o bien enviados de los dioses.

Pero, ¿qué hicieron nuestros conquistadores ante todo el esplendor que descubrieron? Para desgracia nuestra, manipularon la mayoría de los códices y crónicas, y en algunos casos llegaron a destruirlo todo por completo, por la simple razón de sentirse inferiores ante el tremendo legado que tenían al frente.

Pudieron ocurrir muchas cosas diferentes para la humanidad si los reyes católicos hubiesen iniciado una corriente de intercambio comercial respetando la idiosincrasia de estos pueblos, desconocidos para ellos – lo que en un principio era su fin– con lo cual ambas culturas podrían haberse enriquecido. Sin embargo, decidieron tomar todo lo que pudieron, saquearon sin respetar ni siquiera la dignidad de los seres que aquí habitaban; así, poco le importo al invasor la perfecta organización de comunidades como por ejemplo, la azteca o la inca, que ostentaban ricas arquitecturas y ciencias.

Los antiguos dueños de estas tierras eran imaginativos y de gran sensibilidad artística, dejando en algunos casos entrever los profundos

aspectos filosóficos manifiestos en las ciencias abstractas (astrología, religión) o bien aspectos de carácter ético y moral. Pero el exceso de los invasores en el desarrollo de la estrategia conquistadora, sumados a los intereses económicos en juego, determinó el más prolongado e impresionante genocidio conocido en la historia de la humanidad, puesto que a más de quinientos años del descubrimiento aún continúa como un vívido proceso negativo de nuestra realidad.

Estos procesos negativos son la esencia de la historia no oficial descrita desde el punto de vista de los pueblos conquistados. Por lo tanto no es que se elijan procesos negativos para caracterizar la época de la conquista americana, sino es que la mayoría de ellos fueron irremediabilmente perjudiciales para los habitantes nativos.

Los conquistadores ignoraron el entramado cultural vigente en estos pueblos y las jerarquías sociales existentes para imponer sus propios valores y hasta las campañas evangelizadoras, en particular, las de la iglesia católica.

Los conquistadores, incluidos los cultores espirituales, desnuclearizaron la estructura social de los nativos, ya que los mismos eran alejados de sus agrupaciones tribales o multifamiliares, promoviendo deportaciones masivas hacia lugares con climas y costumbres diferentes, para formar congregaciones que constituirían iglesias y conventos para servir a los religiosos de esas residencias. A partir de 1553 los indígenas fueron obligados a proporcionarle sustento a los sacerdotes (según acuerdo legal entre Audiencia e Iglesia) a través del camarico; una especie de impuesto que la mayoría de los religiosos terminaron cobrando en monedas de plata.

En 1537 el Papa Paulo III, en su Bula *Sublimis Deus*, admitió que los indios americanos eran "seres humanos, dotados de alma y razón". Algunos historiadores creen ver detrás de esa bula misericordiosa el resultado perverso de las luchas políticas entre la iglesia católica y las jerarquías monárquicas del siglo XVI. Estos enfrentamientos, abiertos en muchas ocasiones, eran lo suficientemente enconados como para creer que la declaración del Papa se debía simplemente a un piadoso pensamiento cristiano iluminado por el espíritu santo. Los siglos y acontecimientos subsiguientes confirmaron que el reconocimiento de

los indios como seres humanos había actuado como única razón justificadora para emprender con rigor y organización la cruzada evangelizadora, por lo contrario difícilmente se podría entender la llegada masiva de eclesiásticos a América con la misión de convertir animales al cristianismo. Un juicio sencillo pero básico para la elaboración posterior del sofisma que engendra la división entre la civilización europea y la barbarie americana (dos estadios diferentes de desarrollo cultural que presupone la primacía de uno sobre otro y la imposición didáctico-práctica del vencedor).

El desarrollo, sobre estas bases, significó la destrucción total de las estructuras sociales y políticas que regían la vida de los imperios indígenas precolombinos con sus relaciones dinámicas de poder y fuerza, su territorialidad, legislada y administrada. La ruptura total que originó el desconcierto, las diásporas, la indefensión y el aniquilamiento de gran parte de los pueblos nativos, se consolidó con nuevas legislaciones, administraciones y límites territoriales, tales como Virreinos, Capitanías Generales, Departamentos, Gobernaciones y Corregimientos, que dividieron las tierras en función de las luchas del conquistador, los asentamientos de los colonizadores y, posteriormente, de la explotación de los grandes recursos que ofrecían estas regiones.

El temor a ser simplemente una sombra o un eco de otra cultura es sólo propio de pueblos coloniales como los nuestros. Mientras el europeo ha venido partiendo, hasta ayer, de la segura creencia en la universalidad de su cultura, nosotros hemos estado partiendo de la no menos segura creencia de la insuficiencia de la nuestra. Mientras Europa crea y recrea a sus clásicos, nosotros ignoramos a los nuestros. Y los ignoramos porque partimos del falso supuesto que nos ofrece la comparación de lo nuestro con lo europeo. Partiendo de este supuesto nos empeñamos en no tener nuestros clásicos, sino los clásicos que nos ofrecen.

El estudio de la historia de las ideas, el pensamiento y la filosofía en América es algo que ha ido suscitado un interés creciente en nuestros países, tanto en Norteamérica como en la Iberoamérica. Por lo que se refiere a esta última, no se quiere decir que antes de ahora, no se haya interesado en este tipo de investigaciones. No, lo que se quiere decir es que ahora los citados estudios se encuentran estimulados en una forma

bien peculiar. Hasta se podría asegurar que los mueve cierto dramatismo, parece como si con ellos se estuviese jugando, nada menos que el futuro de nuestra América. Estos estudios son vistos como una tarea especial, necesaria y urgente. De ellos, ya se ha dicho antes, depende la toma de consciencia de esta América y, con la misma, el reconocimiento de nuestras posibilidades, esto es, nuestro futuro.

La filosofía ha venido así a justificar el trabajo que ahora se realiza en América sobre la historia de las ideas. Arturo Ardao ha dicho:

La relación existente entre el historicismo contemporáneo y la actual preocupación por la autenticidad de la filosofía americana, explica, por otro lado, que dicha preocupación derive al estudio del pasado filosófico de América.

Con esta tarea se inicia una toma de consciencia de lo que es la auténtica realidad americana. Consciencia que permitirá a esta América actuar en todos los campos de la cultura haciendo a un lado toda clase de complejos, los mismos que hasta ahora le han impedido el conocimiento de su propia realidad. A partir de este reconocimiento será posible una labor creadora plena y consciente.

Ya hemos dicho que América es una creación europea. América surge como realidad dentro de la vida cultural europea en una de las grandes crisis que sufre esta cultura. El descubrimiento del continente americano se origina en la ineludible necesidad que siente el europeo de un mundo nuevo. El azar no cuenta para nada en esta aventura. Europa necesita de América, por esto la descubre. Colón no se ha tropezado con ella debido a un azar, la encuentra porque buscaba una tierra donde podrían ser realizados todos los sueños y esperanzas del hombre del cual era él mismo un prototipo.

Antes de su descubrimiento América existía ya, aunque su existencia nunca antes había preocupado al europeo. Estaba aquí, en este mismo lugar geográfico en que fue descubierta. Pero antes no se le había ocurrido al europeo buscar tierras distintas a las suyas. Nunca antes había sentido el afán de desparramarse por tierras desconocidas. Antes de este momento histórico el europeo había mostrado un gran respeto por lo desconocido. Le bastaba su fe, por la fe le era todo conocido, no

tenía necesidad de comprobar nada. Sin embargo, en un momento que se asemeja mucho al nuestro, dicha fe no le bastó ya. Un buen día se encontró flotando en el vacío. Sin fe todo su mundo se derrumbaba, entraba en crisis. El ideal situado en lo alto se desvanecía, se alejaba tanto que se hacía inalcanzable. Era menester buscar nuevos ideales, nuevas creencias, rehacer el mundo. Pero también era menester buscar nuevos lugares donde colocarlos. Ya no podían ser colocados en el cielo. Gracias a la nueva física el cielo dejaba de alojar ideales para convertirse en algo frío e ilimitado, en un infinito muerto, mecánico. Ahora tendrían que situarse los ideales en otro lugar y este otro lugar no iba a ser más que la tierra, el mundo.

Así, en tierras antes desconocidas, en tierras por las cuales el hombre occidental no había antes sentido interés, se colocaron los nuevos ideales. Todo lo que el europeo necesitaba, todo lo que anhelaba, todo aquello de que carecía, fue colocado en esas tierras desconocidas. El europeo se lanzó a la búsqueda de estas tierras de promisión. Viajeros y navegantes daban fe de su existencia. Y es que éstos, como europeos, no veían ahora sino aquello que querían ver.

El Continente Americano fue la tierra que mejor se prestó para servir de alojamiento a los ideales del europeo. América surgió como la gran utopía. América era la tierra nueva anhelada por el europeo cansado de su historia. En América el europeo podía volver a hacer su historia, borrar todo su pasado, empezar de nuevo. Europa necesitaba desembarazarse de su historia para hacer una nueva. Era menester hacer una historia bien planeada, bien medida y calculada, en la que nada faltase ni sobrase. Era necesario un mundo nuevo sin liga alguna con el pasado.

En América podría realizar el hombre aquello que anhelaba cuando hablaba por boca de Descartes diciendo que no sería en verdad sensato que un particular se propusiera reformar toda una cultura, cambiándola desde sus cimientos. En verdad, tal cosa no era sensata, sin embargo, todo hombre la anhelaba; se quería reformar todo, transformarlo desde sus cimientos. Había que derribar todo lo existente y empezar de nuevo. Pero tal cosa sería insensata si se proponía abiertamente. Había que buscar un subterfugio, y este subterfugio fue América. América se presentó como tabla salvadora. En ella se podía construir, aunque fuese

idealmente, todo aquello que se quisiese. Tal acto no era insensato. América se presentaba como tierra nueva, esto es, sin historia, sin pasado.

La imaginación del europeo colocó en estas tierras ciudades fantásticas, diseñadas conforme al ideal de un solo ingeniero. Legislaciones, Estados, costumbres y religiones ideales fueron colocadas en este Continente; todo a la medida de sus no menos fantásticos moradores. América no era otra cosa que el ideal de Europa. En ella se veía lo que el europeo quería que fuese Europa. Fue el modelo conforme al cual había que rehacer al mundo occidental.

América surgió así, como la suma de todas las perfecciones, como tierra de promisión. Sin embargo, tales perfecciones le eran ajenas, no eran sino lo que el europeo había imaginado en ella. La realidad americana era muy otra. El europeo, atraído a estas tierras por la leyenda, pronto se estrelló contra una realidad que le era difícil comprender. De aquí surgió la decepción, y con la decepción la inadaptación del hombre que se formó en estas tierras. Sin embargo, para Europa esta América siguió siendo tierra de promisión, tierra nueva. La fantasía europea siguió bordando fantasías sobre América. Ésta fue la más perfecta creación utópica de Europa.

América vino así a ser de la justificación de una serie de ideas nuevas con las cuales el hombre moderno se enfrentaba a su pasado.

Por vez primera el hombre abandona toda justificación externa a sus actos y asume la responsabilidad de los mismos. Pero, como toda aventura, su resultado será imprevisible. La misma voluntad que libremente había creado este mundo podía también destruir. Parece ser que ahora nos encontramos al final de esta aventura en la que tanto ha significado América. En esta aventura América será sólo el estímulo de Europa. Su ser cambiará de acuerdo con las ideas o ideales del hombre del Viejo Continente, un severo análisis de la misma podría mostrarnos sus fallas y sus errores. América, como todos los pueblos, irá tomando consciencia de su realidad, mediante un movimiento dialéctico en el que se enfrentan las opiniones de Europa sobre el ser y las que ella misma deduce al confrontarlas con lo que es en sí misma. Por un lado está lo que Europa quiere que sea y por el otro lo que en realidad es.



Por un lado, la serie de justificaciones que un europeo se da a sí mismo al imponer su dominio político, cultural y social sobre América, y por otro lado, las reacciones del americano frente a estas justificaciones que le menoscaban.

La historia de la cultura, en el más humano de sus sentidos, es la historia de la lucha que realiza el hombre para situarse ante los otros y para situarse ante sí mismo. Se trata de una lucha amarga, dolorosa, en la que se hiere y se es herido. Lucha en la que las heridas recibidas y las dadas dan al hombre consciencia de su humanidad, consciencia de su ser hombre, a diferencia de otros entes que jamás podrán, por sí mismos, tomar consciencia de su ser. Esta consciencia de lo humano se da en la historia a través de una serie de afirmaciones y negaciones que, tanto Hegel como Marx, han llamado dialéctica

Descubierta y conquistada, América se ofrece a los ojos del europeo como un mundo extraño, ajeno a sus puntos de vista. Ante él aparecían hombres y pueblos con otras costumbres y otra concepción del mundo y de la vida. Éstas no cabían dentro de los cuadros de comprensión que le eran familiares. Al no poder comprenderlos de acuerdo con sus puntos de vista, empezó por negar a estos pueblos y a estos hombres la calidad de humanos. La medida para esta calificación fueron los propios puntos de vista teñidos por su manera de concebir el mundo y la vida que eran distintos a los del mundo indígena.

La cultura de estos pueblos será vista, ante sus cristianos ojos, como fruto "demoníaco". Dios no parecía haber podido crear un mundo cuyos hábitos y costumbres venían a ser como negación permanente de una moral que él mismo había dictado. Este mundo debería ser obra del "demonio". Una gran masa de hombres, toda una cultura, es rebajada y negada como humanidad. Una vez vencidos estos pueblos su conquistador no se preocupó tanto por comprenderlos como por absorberlos, poniéndolos a su servicio. Es cierto que los misioneros cristianos se entregaron al estudio de la vida, costumbres y cultura indígenas; son numerosos los libros que se escriben en este sentido; pero en todos ellos lo que se hace patente es la intención evangelizadora. Se estudia todo eso, no para comprender los puntos de vista del indígena, sino para cambiarlos, para imponerles la concepción del mundo y de la vida propia de sus conquistadores.

América se presenta, ante los ojos europeos que la han descubierto y conquistado, como “reos” ante Dios. O mejor, ante una cultura con una concepción del mundo y de la vida que le es ajena. Ante esta cultura tendrá que responder por el delito o el “pecado” de tener otros puntos de vista, otra concepción del mundo y de la vida. Su pecado es haber escapado, por quién sabe cuántos siglos de la acción del mundo occidental. Ahora este mundo le enjuicia y le condena. En adelante, si ha de salvarse, si ha de justificarse como trozo de humanidad, tendrá que hacerlo de acuerdo con los juicios de su vencedor.

En este enjuiciamiento no cabrá ninguna apelación. El hombre que se encuentra en esta América, el indígena, no habla, carece de una voz que pueda ser comprendida. Su voz, cuando la tiene, pasa a través de la parcial interpretación que hace de ella el europeo, a través de categorías de comprensión que no son ya las propias. Las historias y relaciones, que sobre la vida y costumbres de este hombre se escriben, van cubriendo su auténtica realidad en vez de explicarla.

El primer paso de la Conquista sería un enjuiciamiento sobre el hombre conquistado. ¿Quién era este hombre que había permanecido fuera de los lineamientos de la cultura universal? ¿Era un hombre? ¿Qué clase de hombre era? ¿Era un bruto? Con estas preguntas surgen las grandes polémicas en torno a la naturaleza de los indígenas. Allí estaba, entre otros el Padre de Las Casas luchando por la humanidad de estos indígenas y Sepúlveda negándoles tal humanidad.

Las formas de colonización en América van a derivarse, en una buena parte, de las formas de contacto entre los conquistadores y los pueblos conquistados. En este aspecto cabe hacer una distinción entre las formas de dominación realizadas por el europeo que conquistó el Norte de América y una parte del Sur y el que conquistó la parte que forma el altiplano americano. Tanto el europeo que conquistó Norteamérica como el que conquistó las llanuras de la América del Sur, tropezaron con pueblos indígenas nómadas y, por lo mismo, con una cultura rudimentaria. En cambio el que conquistó la altiplanicie americana, formada en la actualidad por naciones como México, Perú, Colombia, Ecuador y Bolivia, se encontró con grupos indígenas sedentarios con un alto grado de cultura. Los pueblos con los cuales se encontró el europeo en las alturas americanas eran dueños de una cultura

muy avanzada. Su organización social alcanzaba un grado tan elevado que causó no poca sorpresa a sus conquistadores.

La diversa situación de dos pueblos indígenas con los cuales se tropezó el europeo originó también una diversa forma de dominio sobre estos pueblos. El conquistador de las llanuras, de los territorios que ahora forman los Estados Unidos de Norteamérica y parte de la Argentina y el Uruguay, tuvo que ir desalojando a sus nómadas pobladores indígenas palmo a palmo, hasta su casi completo exterminio; en cambio, los conquistadores del altiplano no hicieron otra cosa que adaptar su dominio a las formas culturales y sociales con las cuales se encontraron. Estas formas sociales no fueron destruidas como lo fueron otras expresiones de la cultura indígena, todo lo contrario, se adaptaron a ellas poniéndolas al servicio de sus intereses. Simplemente cambiaron los signos de estas formas. El pueblo europeo encargado de colonizar esta parte de América fue España. Pero una España que había llegado a su máximo apogeo como campeona de una causa y que empezaba su decadencia. En Europa era el pueblo paladín de la causa que está siendo vencida en todos los campos de la lucha que se ha entablado entre la Cristiandad y la Modernidad. España, que tiene en sus manos un inmenso imperio por colonizar, ha perdido la batalla en Europa. Otra nación, Inglaterra, campeona de la nueva causa de Europa, la ha vencido. Nuevas formas de vida y concepción del mundo conquistan toda Europa. España, no pudiendo reconquistar a Europa para la causa católica, cerrará sus fronteras culturales y, dentro de ellas, queda encerrada la América que el destino le ha deparado para su colonización.

La América hispana queda así convertida en uno de los últimos baluartes del mundo que en Europa ha entrado en el ocaso. España hace de ella un baluarte bien cerrado y defendido para que no entre en él la semilla destructora de la Modernidad que ha invadido y corrompido al Viejo Mundo. La construcción de este baluarte es obra de la Colonia. España impone a la América un cerco político y social y la Iglesia católica un cerco mental. La correlación entre ambos cercos será lógica. España y la Iglesia Católica saben que todo orden social que se establezca en la América dependerá, en todo caso, de la mentalidad de sus asociados. Para que un orden social y político pueda ser estable será menester educar, ante todo, a sus individuos en el respeto de este orden. El orden de la Colonia depende, así, de un orden mental previo. En el

campo cultural España impone a la América una filosofía que es propia del mundo que ha sido puesto en crisis: la escolástica. Pero no es ya la filosofía escolástica creadora de Tomás de Aquino, ni tan siquiera la renovada filosofía de Suárez. La filosofía que se impone oficialmente en estas tierras de América es una filosofía anquilosada, endurecida en la defensa de los intereses y fines del Mundo Medieval en pugna con la Modernidad. Ya no es la filosofía creadora de un orden ecuménico, sino la defensora de un orden que se derrumba a su alrededor. Ya no afirma creando, simplemente se conforma con decir “no” a todo cuanto se oponga al orden del que es una expresión.

La idea de orden medieval creada por la escolástica será impuesta en la mente de los americanos de esta parte de América bajo su dominio. Con esta idea se impuso también el respeto y sumisión al orden teocrático representado por España. Se estableció un modo de pensar de acuerdo con el cual se formaron súbditos fieles de la teocracia española y creyentes, no menos fieles, del credo que la justificaba. El Santo Oficio cuidaba muy bien de que el orden mental impuesto no fuese alterado. De esta tutela habrán de surgir también muchos de los complejos que aquejarán al americano.

Debido a estas circunstancias muchas de las fuerzas creadoras del americano quedaron inéditas, subordinándose a los intereses defendidos por la metrópoli española y a los intereses personales que dentro de la Colonia fueron creados. El cerco mental, establecido en defensa de la concepción católica del mundo representada por España, frustrará todo esfuerzo creador en el campo de la alta cultura, anulando todo lo que pudiera parecer audacia por salirse de los cuadros de la ortodoxia impuesta por la Iglesia. La pintura, la poesía, la literatura y todas las formas de las llamadas bellas artes, así como la filosofía, permanecen dentro de las fronteras marcadas por la ortodoxia establecida.

El barroco vino a ser la única salida del espíritu creador de esta América. Mediante el barroco, el espíritu creador del hombre de estas latitudes, escapó a una realidad que le había sido impuesta. El barroco le permitió negar este mundo impuesto burlándose de él y despreciándolo. Creó, pero negando, eludiendo. No podía afirmar

porque sabía que toda afirmación era inmediatamente sometida a la prueba de la ortodoxia.

Pero también la escolástica impidió al americano la salida creadora de la ciencia. La de esa ciencia que había triunfado en el campo de lo experimental. Este tipo de ciencia era ajeno a la escolástica que seguía sosteniendo la idea aristotélica y tomista sobre la misma. La nueva ciencia se encontraba en contradicción con la religión, tal es lo que establecerán los escolásticos de la Colonia. La revelación predomina siempre sobre la explicación. La fe sobre la razón. Es más, la misma situación social de la Colonia hace innecesario este tipo de ciencia. El individuo no tiene por qué esforzarse en arrancar a la naturaleza sus secretos. No tiene necesidad de técnicas que hagan más productivo su trabajo. Este tipo de trabajo es realizado por el indígena. Para vivir como gran señor son suficientes los frutos de la tierra, el oro y la plata que los brazos del indígena pueden hacer brotar. Cualquier otra ambición será caer en la soberbia incontenible y satánica que contamina a los pueblos de Europa corrompidos por la nueva filosofía.

El hombre de esta América, que se forma dentro de esta situación, lo encuentra, así, todo hecho: religión, política, sociedad, arte, filosofía, etcétera. Sus impulsos creadores tendrán que buscar otra salida. Tendrán que desviarse por el campo de la imaginación, por el campo de la utopía. El futuro, el mañana, le sirve para escapar a una realidad en la que nada tiene que ser, esa realidad de la cual, más tarde, no estará dispuesto a responder. El mundo cultural con el cual se encuentra lo siente *superpuesto*, como una gruesa capa que algún día tendrá que romper, como un muro que será menester taladrar. La oportunidad para realizar esto se le dará el futuro. Español hasta los huesos, el americano sentirá la cultura española como algo ajeno y buscará la mejor oportunidad para poder negarla. Todo ese mundo en el cual se ha formado se le presentará como lo accidental por excelencia. Como lo que no puede ser porque nunca ha querido serlo; como algo accidental y, por lo mismo, innecesario e insustancial.

España se esforzará en vano por librar a América de todo contacto con el mundo que había puesto en crisis la concepción del mundo por ella mantenida. A pesar de todas las precauciones por cercar sus dominios las ideas de la Modernidad se abrirán paso en la América

hispana. Poco a poco, por debajo y por encima de todos los obstáculos, las nuevas ideas harán su aparición en las Colonias españolas de América. Las ideas de la filosofía moderna se harán presentes en el mismo campo que estaba encargado de mantenerlas alejadas: el de la Iglesia.

La Iglesia, que tanto en España como en América tenía como misión cuidar de que dichas tierras no fuesen contagiadas, sufre el contagio. Se puede observar cómo los próceres de la Independencia en Hispanoamérica son en su mayoría hombres que visten hábito. Algunos de ellos preparan mentalmente a los hispanoamericanos para reclamar su independencia, otros inclusive, empuñan las armas y mueren por ella. Ahora bien, este hecho se explica si se considera que la iglesia era la única entidad cultural propiamente dicha en España e Hispanoamérica. Era ella la que determinaba la orientación de la cultura, la que enseñaba qué era lo conveniente y qué lo inconveniente. Sus miembros eran, por esta misma razón, los que se encontraban en relación más cercana con el mundo de las ideas, y por ende, eran también los más expuestos a recibir el contagio de las nuevas en su evolución

En los centros culturales más importantes de la América española se discuten y proclaman las virtudes de la Modernidad. En México, Bogotá, Lima, Charcas y Córdoba, surgen nuevas mentes en las que la nueva filosofía ha puesto un nuevo afán: el de conocer su propio mundo, el de experimentar y hacer patente su grandeza y belleza y, con ellas, su capacidad para bastarse a sí mismo.

Los virreyes de las colonias españolas que aplaudían esta renovación auspiciada por los Reyes Borbón en España, nunca pudieron suponer que de ella habría de surgir la lucha que terminaría con la independencia de estos países. Newton había entrado en las universidades, y con él las ciencias experimentales y el afán por conocer y experimentar en suelo americano se hizo latente. Se realizaron grandes trabajos científicos, se construyeron observatorios y se organizaron grandes expediciones para conocer la flora y la fauna de América. Se escribieron los primeros tratados en estos campos y se inició un estudio racional del pasado americano. En casi todos estos estudios aparecen, como ya se indicó, en otro lugar muy privilegiado hombres de Iglesia. Un grupo de jesuitas hispanoamericanos, desde su destierro en Italia, dio a conocer

un mundo hasta entonces oculto. América se hace patente para estos hombres, como una tierra plena de posibilidades.

Una etapa de optimismo acompañó al movimiento de independencia hispanoamericano, como antes había acompañado al norteamericano. La filosofía ilustrada les ofrecía los argumentos filosóficos que justificaban sus afanes. Por fin se iba a iniciar la construcción de una historia propia de América. Una historia de carácter universal. La misma historia que se había iniciado en Europa con la Revolución; pero esta vez con la participación del hombre americano que era un hombre sin más, con igualdad de derechos ante sus semejantes. La América hispana, libre ya de las cadenas coloniales entraba a formar parte de la marcha de la cultura por el camino del progreso.

La Europa retrógrada, representada por España, sería ahora objeto de un enjuiciamiento y condena. Se la enjuiciaría en forma semejante como antes ella había enjuiciado al mundo indígena americano. A la luz de las nuevas ideas el mundo colonial por ella forjado no era otra cosa que un mundo en "pecado" contra el progreso, en pecado contra la humanidad. Mundo oscuro, tenebroso y negativo. Último reducto de las fuerzas negativas que en vano habían tratado de mantenerse en Europa. La revolución de independencia americana venía a completar la obra de la Revolución Francesa. Un hombre libre de todo pasado iniciaba su historia. Al fin se realizaban los sueños sobre América. La utopía se convertía en realidad. La cultura impuesta quedaba al fin rota, surgiendo por tanto un hombre nuevo y, con él, una nueva cultura racional y universal.

La idea de inmadurez y juventud de América volverá a resurgir en Europa con los románticos; pero ya no para denigrar a los americanos, sino para hacer nuevamente, como ya lo había sido dos siglos antes, un mundo del futuro, un mundo heredero de la vieja Europa que volvía a decepcionar a sus hombres.

Es menester que contemos con nuestra historia, pues sólo contando con ella podremos considerarnos plenamente maduros. Madurez, mayoría de edad, significa experiencia. El que desconoce su historia carece de experiencia y, quien carece de experiencia es imposible que pueda considerarse maduro y, por lo mismo, responsable. La madurez

es signo de responsabilidad y ésta no se alcanza sino por el camino del conocimiento de un pasado que es el símbolo de toda experiencia.

## BIBLIOGRAFÍA

GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis, *Pensamiento de la liberación. Proyección de Ortega y Gasset en Iberoamérica*, Madrid Ediciones EGE, 1995.

\_\_\_\_\_ “Una influencia decisiva: El legado de José Gaos al pensamiento”, en *Cuadernos Americanos N° 25*, México, UNAM, s/f.

ZEÁ, Leopoldo, *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona, Ariel, 1976.

\_\_\_\_\_ *Dialéctica de la consciencia americana*, México, Alianza, 1976.

\_\_\_\_\_ *Filosofía de la historia americana*, México, F.C.E., 1987.

BELLO, Andrés, *Las repúblicas hispanoamericanas*, Autonomía Cultural, 1836.

PICÓN SALAS, Mariano, *De la conquista a la independencia*, F.C.E, México, 1944.

SÁNCHEZ, Luis Alberto, *Breve Historia de América*, Losada, Buenos Aires, 1965.

HIDALGO, Alberto, “Mis pasos hacia atrás: alegato de la comunidad” Descalzi Gráfica 2000

LEÓN DE PORTILLA, Miguel, “Visión de los vencidos”, F.C.E, México, 1965

HUJAR, *Diccionario Filosófico*, Editorial Limusa.